

FILOSOFIA. LETRAS. ARTE Y POESIA

EL CANTAR DEL MIO CID

POEMA DE LA HONRA

por PEDRO SALINAS

Amanecida

Allá entre los siglos XI y XII, en el corazón de la tierra de España despuntan altos albores. Es el amanecer de una literatura, de un mundo de ficciones imaginarias. Es un alma que estrena una lengua para la función sin igual de poetizar y de cantar. Sobre un vasto silencio de siglos se alzan voces cándidas y derechas. Son las de los cantares de gesta, en las que quedan prendidas las hazañas memorables de unos personajes heroicos y legendarios. Castilla empieza a hacerse un pasado, así en el canto. En la lengua vernácula, el castellano, como iba a decir más tarde otro poeta, "suele el pueblo hablar a su vecino". Pero de pronto, el habla primitiva de la gente de Castilla se descubre un nuevo uso, algo más que el decirse las cosas caseras y campesinas, que hablar de la lluvia y del sol, del comer y de la faena, que todas las verdades de vecino a vecino. Este nuevo uso, tan nuevo, tan misterioso es el canto. Van por las tierras unos hombres, que se detienen en los pueblos, y al són de una sencilla música lanzan al aire los poemas. Y las gentes del burgo y de la gleba, oyen asombradamente que aquellas mismas palabras que ellos se trocaban para los menesteres de su vivir humilde, se transfiguran y dicen ahora cosas inauditas que conforme suenan despiertan en los oyentes secretas resonancias inexplicables. ¿Es la misma lengua? ¿Cómo, si es la misma, tiene ahora un poder, un dón misterioso, que jamás se siente cuan-

do el pueblo habla a su vecino? Es que se ha encontrado el idioma con la poesía. Dante con Beatrice. **Incipit vita nova**. Nacer de los poemas. Tan hechos estamos a leer hoy versos, a oírlos por todas partes, que no se ocurre a nuestra imaginación aquel tiempo de la lengua en que no los había. Y aquel día en que empezó a haberlos; tiempo del albor, tiempo del estreno de las palabras para su obra suprema, porque con ellas se estrenaban asimismo en las almas fondos y potencias sin descubrir.

Castilla se puebla. Marcas del hombre, castillos, iglesias. Y estas otras, cantantes construcciones en el aire, que no se perfilan seguras, en el mismo sitio, año tras año, como la catedral, sino que se erigen por la voz del juglar, hoy aquí, otro día en otro lado, haciéndose y deshaciéndose, de la noche a la mañana. Arquitectura trémula de los cantares de gesta, coetánea de tanto edificio de cal y canto, de tanto muro almenado y tanta curva de ábside. Precaria arquitectura. Porque vive apoyada en una materia de tan escasa resistencia al embate del tiempo pasajero como son unas hojas de pergamino, cosidas con unos nervios. El espíritu que tomó de servidor a la piedra de la cantera, ahí queda, casi siempre enhiesto y afirmado. La misma pesadez pétreo la ayuda a la salvación. Felices fueron las nupcias de lo más rudo, la roca terrenal, y lo más delicado, el ansia del alma por lo supraterrrenal: aún nos viven los templos, su progenie clara y limpia, prueba del acierto del espíritu al desposarse con su única novia posible, la sólida materia, en busca de perturbación. Pero aquellas otras invenciones de la fantasía poetizante ¿dónde están?

Palabras secas

Menéndez Pidal, el hombre a quien quizá debe más una obra literaria, después de su autor, describe el código del **Cantar de Mío Cid**, con palabras precisas y secas, como cumple a la ocasión. No sé porque me conmueven tan en lo hondo. "Forma un tomo en 4º, de 74 hojas, de pergamino grueso y mal preparado, más otras dos que sirven de guardas... El texto del **Cantar** comprende las 74 hojas, desde el recto de la primera hasta la línea 22 del recto de la 74... El tamaño de la primera hoja es de 198 por 150 milímetros y tiene 25 renglones... La hoja 52 tiene 198 por 153 milímetros... Las hojas fueron cosidas con cinco nervios, hoy casi desprendidos de las tablas de la encuadernación". Sí, en ese per-

gamino grueso, y de mala factura, en ese mazo de hojas, ya casi desprendidas se libró de la muerte el **Cantar de Mío Cid**. Los materiales del manuscrito son humildísimos, pero resistieron, como si los versos les hubieran prestado firmeza contra el tiempo, sus acometidas. ¡Santa materia es esta! Qué mazo de pergamino escrito significó nunca tanto para nuestra familia espiritual, para el hombre de Castilla, o el mejicano, o el de los Andes, para todos los que hablamos español, como estas hojas del código único? Porque todos los demás poemas épicos que antes del Cid, o en su tiempo, o después se forjaron sin duda ninguna y en los que se ensalzaba sobre las ringleras de versos primerizos a la generación inicial de candidatos a héroes literarios, están perdidos, sin remedio. Viven en este triste modo de existencia que consiste en saber que fueron, nada más. Sin que nos sea dable apresar otra cosa de su realidad, ni un verso. Anduvieron prendidos a unas hojas de pergamino, como el **Cantar del Cid**. Pero Dios sabe dónde, Dios sabe cuándo, Dios sabe cómo, les llegó su hora de desaparecer. ¿Qué manos serían de un sér sencillo, las que desgarran las hojas, en qué hoyos de la tierra castellana se disgregaría lentamente con la pobre materia, qué la portaba, la voz heroica, y qué ventolera empujaría el polvo final?

El poema solo

Aquellos poemas son los malogrados. Los de Don Rodrigo el que perdió a España, por un mal amor. El de los siete garzones del alfoz de Lara, descabezados en flor por saña de una mujer. Tantos, y tantos, acaso de la misma excelencia, o mayor que este **Cantar de Mío Cid**. Los malaventurados, quebrada su carrera que arrancó nada menos que hacia la eterna perduración quedan enterrados en el suelo de Castilla, sin más epitafio que la conjetura histórica de su existencia.

Por eso, el Poema del Cid está solo. Único de aquel linaje superviviente de milagro, se alza en nuestra Edad Media con una figura de grandeza y melancolía, y en vano busca a los suyos, por alrededor. Héroe de la soledad. Y sobre su soledad pesa el honor enorme de representar a toda su casta. A este solitario tenemos que volvernos, para vivir sólo en él, aquella edad heroica del poetizar español.

En el muro macizo, cerrado, oscuro del tiempo sin poemas, él es la única ventana que nos ofrece vistas afuera, vistas a los paisajes, a los celajes del alma castellana, cuando quiso empezar su canto. Y a él acudimos todos, a contemplar cada cual lo que más le llame los ojos. Quién una gran cosa, quién un detalle menudo. Hoy vengo a mirar también un poco por este cuadro de claridades que él precisa, limita y salva, en el viejo tiempo tenebroso. Y esto es lo que veo en el **Cantar de Mío Cid**.

Lo que pensaba el Cid al salir de Vivar

Empieza el poema por donde mejor podía empezar, psicológica y poéticamente. Por el momento de la desgarradura del hombre y su tierra. Por el momento, en que Ruy Díaz se arranca de su casa solar, de Vivar. Es poema de destierro: y la pena del desterrado, en eso consiste; en romper esos vínculos, de los que apenas se tiene conciencia en el bienestar, con lo nuestro, con nuestra tierra, entendida del modo más ancho. Tierra, y en ella la casa, y en la casa muebles y trebejos usuales, y entre ellos, yendo y viniendo, la mujer y los hijos y los criados, las gentes nuestras, lo nuestro. Desterrarse es arrancarnos de lo nuestro, es decir dejar de ser nosotros, en una proporción enorme de nuestro sér, en todo aquello que hemos preferido para tenerlo alrededor. Es quedarnos solos, y separándonos de nuestro ámbito vital, ya hecho y querido, irse por los mundos en busca de otro casual e imprevisible. Por eso el Cid vuelve la cabeza, mira a lo que se deja, y llora. ¿Fórmula épica eso “de los ojos fuertementre llorando”? Sí, mirando al poema con mirar de técnico. Pero para el lector simple verdad, verdad de hombre, forma pura de un sentir comunicable a todos. Salen del poblado, a camino abierto. Sobre el Cid y los suyos pende el gran interrogante de la vida nueva, la vida a que han sido lanzados. ¿Quién la contestará? Serán quizá las aves, que tanto contestan? Los desterrados miran a la corneja, encargada oficialmente por entonces de la profesión agorera. Primero, vuela el ave a la derecha. ¡Buena señal, presagio de ventura! Pero más allá, se truecan los signos: ahora vuela a la siniestra. ¿Qué quiere decir eso? Que esta vez los pájaros no revelan nada. Que delante del Cid no se abre ninguna claridad, en bien o en mal. Que tiene, allí, en su minuto próximo, en muchas horas y días próximos, abierta como una lla-

mada por donde cabalgar con sus hechos, la incertidumbre, el misterio de la vida nueva a que le empujan.

Y entonces habla. Observemos que figuran estas palabras iniciales dichas por el guerrero. Habla con su fiel Alvar Fáñez, el primer héroe español de la noble y firme amistad. Y le dice:

Albricias, Albar Fáñez, ca echados somos de tierra.

Con lo cual el Cid se hace cargo de su situación, se encara con el tremendo rostro de la realidad. Nada más. Pero en lo que dice seguido ya asoma el querer. Ya se oye la voluntad del hombre, el sueño del hombre hablando: ¿Y qué es lo que quiere el Cid? ¿En qué sueña, al iniciar su destierro?

Más a gran ondra tornaremos a Castiella.

Sueña en un acto material, el regreso, el retorno a lo que ahora deja. Pero ese acto material ha de acaecer amparado por algo más grande, bajo el palio de una realidad imponderable y espiritual: volver llenos de honra. Cuando Ruy Díaz sale de Castilla, en lo que va pensando es en la honra.

El destierro

El destierro es el hecho que pone en marcha la acción novelesca del poema. Como un resorte, lanza a Ruy Díaz a una nueva gran aventura que resultará ser la aventura capital de su existencia. Corresponde esto con un procedimiento frecuente en la poesía heroica, aficionada a hacer arrancar las gestas de una situación infortunada del héroe. Ella es el manadero de una larga cadena de peleas, sufrimientos y actos hazañosos, materia del poema. La labor que se le ofrece al desterrado es rehacerse. Ruy Díaz era un hombre hecho y derecho, en la Corte del Rey Alfonso. Por obra de los maliciosos, la condena del Rey le deshace, esto es, echa abajo toda la persona que él se tenía construída y le deja a solas, otra vez con el mundo y su esfuerzo. Y en su persona entraba, a más de sus bienes materiales, de sus azores y de sus mantos, a más de su solar familiar, cosa más alta: la honra. Por consiguiente en esa faena de volverse a hacer, cuando el Rey, con su orden, arrasa su figura social y humana, entrará como aspiración suprema el rehacer su honra. De todo lo que perdió, es ella lo más precioso. Y así en la primera cabalgada del poema, la breve de Vivar a Burgos, cuan-

do sus palabras nos abren las vistas de su querer, le vemos apuntando hacia una meta dual: volver a Castilla, y volver a su honra.

Minaya, definidor de lo novelesco

Entendemos ahora por novelesca toda acción ficticia narrada, ya sea en verso, como el poema épico, o en la prosa que vendrá más tarde. Cuando sale el Cid de Cardeña, la firmeza de su corazón enternece por la escena del adiós a su esposa e hijas, parece doblegarse bajo un peso superior. Y entonces el bravo Minaya le conforta con unas palabras, sabia concurrencia de confianza en Dios y aliento al hombre:

Aun todos estos duelos en gozos se tornarán

Resumen admirable del proceso de casi toda la novela de aventuras. El personaje, apenas sale al público se ve acosado por los duelos; en unos casos, los huye o los conlleva tristemente como en la novela de traza no heroica. Pero el héroe los arrostra; vuelve a ellos la cara y entabla la pelea. Al final, los duelos se han tornado en gozos. Es el final a lo Hollywood, el **happy ending**, el opio barato del pueblo. Pero en esa consecución del final venturoso pueden entrar gran variedad de factores; el más favorecido en los tiempos modernos en las novelas rosas, es una casualidad confeccionada a partes iguales con estupidez y moralidad. En la gran acción heroica ese final feliz, madura lentamente, gracias a la acumulación de esfuerzo sobre esfuerzo, de sacrificio sobre sacrificio, y adviene con toda plenitud de hermosura moral, como premio debido, y no como suerte caprichosa de tómbola. He aquí lo que tantos y tantos novelistas se han pasado tanto tiempo en hacer: convertir duelos en gozos. Hasta que vino una concepción opuesta del arte, el realismo, y trocando las especies cambió la dirección de la marcha y se puso a convertir gozos en duelos. Al fin y al cabo, y desde el punto de vista de la técnica literaria no es gran novedad. Traducido al problema moral del héroe, la tarea del Cid se ve así: transformar por obra de sus actos el duelo de la deshonra, de la pérdida de la honra, en el gozo del recobro de la honra, de la honra reconocida.

Para eso hay que cabalgar. Cuando el ángel en la última noche que pasa el Cid en tierra castellana, se le aparece en visión ese es el consejo que le sopla:

Cabalgad, Cid, el buen Campeador ca nunca en tan buen punto cabalgó varón

Cabalgar, en este caso significa hacer. La acción del hombre entero, la acción total, aquella en que se pone toda la energía en busca de algo superior y transcendente. Acción que nada tiene que ver con el llamado **dinamismo** contemporáneo suma de actos que arranca del semi vacío, atraviesa al vacío y en él acaba. Cabalgar, es el camino hacia la reconquista de su sér, maltrecho. El sentido estricto del verbo, no vale. Suena a mucho más, porque gracias a ese cabalgar se alcanzan los bienes mayores. A cada grande hombre en el momento de salir a su destino, se le viste la acción con una forma particular, con un verbo distinto. El ángel no diría lo mismo a todos los héroes. Navegar, le ordenaría al que iba camino de Gran Almirante. Rezar a la que iba camino de Santa. Pero todo ángel bueno nuestro nos tiene que susurrar alguna forma de invitación a hacer. Lo que importa es que acierte con el verbo. Eso es tener buen ángel. La llamada del ángel es la más certera de las vocaciones.

El gran botín

La hueste de Ruy Díaz, el Campeador mismo, tiene bien presente en sus combates la ganancia material. Asume muchos nombres, y aspectos en el poema: dineros, caballos, espadas, haberes de todas clases, y más bella y simplemente que nunca, se llama el pan. Lidia por ganar el pan. Pero nada más torcido que tomar al Cid por simple hombre de presa, precipitándose de botín en botín. Minaya es de nuevo el que expresa la ambición más empeñosa de la lucha, el que designa el botín supremo, en unas palabras que pronuncia antes de atacar a Castejón. Después de trazado el plan de combate, y prometiéndoselas muy felices, dice:

D'aqueste acorro hablará toda España

La fama. La gloria. Uno de los avisos de la honra, eso es lo que encandila al diestro brazo del Cid, igual que a su señor, en el borde de la batalla.

Cuando Doña Jimena se vuelve a encontrar con su esposo en Valencia, lo que primero le agradece es esa parte, sin peso, del botín. Y apenas saludado le dice:

Sacada me avedes de muchas verguenzas malas

Bien se entiende que se refiere al estado de honra disminuída, o de deshonra, que trae consigo el destierro. La entrada en Valencia es como un reingreso en la honra un ancho respirar de la mujer “ondrada”; y la ciudad conquistada vale para ella, porque allí se puede respirar a plena honra.

También en Castilla se justiprecia lo que va ganando el Cid. Nadie mejor que el envidioso para medir con justeza el bien que acrece a su enemigo. Y así el Conde Don García al enterarse de los triunfos cidianos prorrumpe en estas dolidas palabras:

Maravilla es del Cid que su ondra crece tanto

De tal modo crece que los infantes de Carrión cuando comienzan su confabulación para casar con las hijas del Cid, dan como uno de los motivos, el que de ese modo aumentarán en honor:

**demandemos sus fijas para con ellas casar
crecemos en nuestra ondra e iremos adelant**

Así se reconoce que el Cid tiene ya honra sobrada y sobrante, y se ha alzado a la categoría de astro magno en la fama española, que puede dar luz a satélites.

Las yerbas del campo

Falta aún el reconocimiento supremo. El rey es la cabeza de esa sociedad de la honra; el da y quita honor, el pone y depone honrados. “Perder el amor del rey”, nos dice Pidal, lleva como consecuencia el destierro. Aunque las gentes vayan devolviendo al Cid su buena opinión aún sigue su persona incompleta dentro del orden del honor, tan y mientras el rey, que le condenó a perderlo, no se lo restituya públicamente.

El autor del poema, manejador destrísimo de la fórmula, “los duelos se tornan gozos”, lleva la acción de la reconquista de la honra por el Cid a su culminar, en una soberbia escena, de simple grandiosidad. El rey y el Cid tienen concertado su encuentro, a las orillas del Tajo. El guerrero sale de Valencia con gran golpe de caballeros acompañantes. Ya el rey está aguardando en el lugar de las vistas. Cuando el Cid le apercibe, manda detenerse a los suyos, echa pie a tierra con unos cuantos caballeros escogidos, y camina hacia Don Alfonso. Hay que invitar a la imaginación a que se figure esta gran escena. De un lado el monarca, su séquito de

caballeros cortesanos; del otro el Cid, acompañado de sus caballeros lidiadores, forjados en la batalla. Frente a frente, los desterrados, los caballeros salidos de tierra, y el rey que los echó. El gran desterrado se adelanta. Las rodillas y las manos, en tierra las hincó, dice el verso. Y con los dientes muerde las yerbas del campo.

La lente de la interpretación positivista del mundo, puede hacer gran daño a esta escena. Nos hemos acostumbrado a una literalidad interpretativa de las cosas humanas, que se revela en detalles no por menudos, menos curiosos. Recuerdo que cuando yo era mozo escolar y el profesor nos pasaba lista, respondíamos invariablemente: "Servidor". En el transcurso de mi vida universitaria he ido viendo cómo los estudiantes se apartaban de ese vocablo, y lo sustituían con otro secamente declarativo: "Presente". Y es porque sentían en la fórmula primera un cierto dejo de humillación, en cuanto que al tomarla a la letra, se declaraban servidores del profesor. Como me dijo un día un compañero mío, fiero defensor de su dignidad personal: "¿Por qué voy yo a llamarme servidor de ese tío? Yo no sirvo a nadie". Ese tío, como expresaba tan delicadamente mi condiscípulo, era, dicho sea de paso, uno de los varones más sabios y nobles con que he dado en el mundo. Es la incapacidad para comprender el valor puramente simbólico de ciertas fórmulas, que envuelven la declaración muda de un hecho en una hipérbole de cortesía —lo cual al fin y al cabo no está mal entre personas civilizadas— lo que llevó a arrojar una sombra de sospecha sobre las usuales palabras valedictorias en la antefirma de las cartas: "Que besa su mano". La grosería interpretativa *ad pedem litterae*, dejo de la visión naturalista, inspiró una cómica transacción: "Que estrecha su mano". En estrechar la mano, por lo visto, ya no queda rastro de esa humillación que suponía la otra fórmula. La consecuencia de la aplicación del enfoque positivo a la cortesía en general va teniendo como resultado, según podemos apreciar los de más de cincuenta años, un descenso en los buenos modales, y muy particularmente en el uso de todas las formas del lenguaje de la cortesía, que se sirven casi siempre de la ayuda de lo simbólico. Y así el hombre moderno más servil que nunca al dinero, a la coacción física, a la vanidad, se pavonea y se las da de independiente y libre con tan simples arbitrios.

Bien se entiende que muchos no entiendan la hermosura moral de esa actitud del Cid, aunque se la expliquen. Arrodiarse, mor-

der la yerba ante el rey? Sí, esos son los actos corporales del Cid, pero detrás de su materialidad, se desarrolla otra acción: el Cid solicita con su humildad el perdón del rey que al serle concedido por el monarca le devolverá al mundo del pleno honor, el único nivel humano en que puede vivir el caballero. El sentido de los hechos es que el Cid postrándose, se alza, humillándose se eleva. Por eso dice el verso siguiente:

Llorando de los ojos tanto avié gozo mayor

Cuando el rey proclama que le devuelve su amor y le perdona, vemos que gracias a ese simple y externamente bárbaro ritual, se cumple algo así como una purificación del sér moral del Cid. Alrededor están los seguidores del rey, los orgullosos caballeros de la corte, y los mesnaderos del Campeador. Ellos son los testigos de acciones simbólicas por las cuales retorna el Cid a su tierra y a su honra.

Maravíllanse de Mío Cid todos los que están allí

Así se completa estéticamente la escena. Palabras y actos de los dos personajes principales, el rey y el Cid, tienen por fondo, a más de las riberas del Tajo, la alegría y la admiración de los caballeros, que presencian cómo se deshace la injusticia, y se restaura el orden de amor entre el señor y el vasallo. Al día siguiente dice él que “todos eran alegres”. El juglar se ha entregado una vez más a su alquimia favorita, las transmutación de los duelos en gozos. Esta escena ha de tomarse como el reverso feliz de aquella otra con que se abre el poema, la salida de Vivar y de Burgos, la triste cabalgada del deshonor. En ella el Cid está en lo más bajo de su existencia de caballero; en ésta, al contrario, en su cima. Y la técnica de las compensaciones —duelos, gozos— favorita del juglar no sólo opera en la situación del personaje, deshonrado ayer, honrado hoy por el rey Alfonso, sino que transparece en lo estilístico. Porque cuando el Cid cruzaba por Burgos, echado de tierra

grande duelo avien las yentes cristianas

Y ahora dice el poeta que cuando el rey le devuelve su favor y le restaura en su honra “todos eran alegres”.

Se ha cerrado un ciclo de la vida del Cid, y acaba una parte del poema. Vuelve el Campeador a Castilla, tal y como lo soñaba su querencia, por el camino de Vivar: “a grand ondra”. Eso es lo

esencial. Porque el caso es que no se queda en Castilla. Retornará a Valencia, la hará suelo de su vida, porque él la ganó. De las dos vueltas, la material, a un tierra, la simbólica, a un estado, a la honra, ésta es la que importa. Se puede vivir fuera de Vivar, en Valencia la clara, poseída por su esfuerzo, muy lejos de Castilla. Lo imposible es vivir extrañado de ese otro reino espiritual, el de la honra.

Acre sería el gusto de aquellas hierbecillas del suelo castellano que el Cid mordió. Pero en aquel sabor singular se escondía una esencia más delicada que ninguna; el premio del esfuerzo a la firmeza de cuerpo y alma, la recompensa, por fin, del “cabalgar” que en buena hora le aconsejó su ángel.

Se continuará

¿Por qué no acaba aquí el Cantar? El Cid ha sufrido su prueba; la adversidad, el gran personaje de la literatura heroica, le ha salido al paso. Y él, en un largo combate, suma de muchas batallas, contra enemigos de fuera —moros y más moros— y de dentro —dudas, orgullo, desánimos— ha debelado a la enemiga, y sale de la prueba más grande que nunca. Pero el poeta no le quiere dejar aquí. No basta. La suerte y la mala ventura se suceden en la vida del hombre, sin parar, según nos enseña la literatura donde se narran los hechos humanos. En la hoguera prendida para celebrar el triunfo puede encenderse el incendio de la catástrofe. Y así en este mismo campo del Tajo, donde termina la primera parte de “las desventuras de la honra del Cid” se inicia otra segunda. Así lo ha preferido siempre al arte del novelista. Coge a su personaje, lo echa de cabeza al océano de la peripecia, le sigue en sus esfuerzos por salvarse de la marejada, le aupa a tierra, pero apenas ha puesto la planta en la arena, y todos respiramos librados de angustia, lo vuelve a sumir, de otro empujón en las ondas de la nueva aventura.

Los infantes de Carrión han pedido al rey que les case con las hijas del Cid. El rey intercede en su favor, y como sabemos, los casamientos se celebran, bien a pesar de la voluntad del Cid, que hace constar una y otra vez que él rey es quien las casa, y no él. Se despliega en las bodas gran generosidad de alegrías y festivales. Y empieza de nuevo a funcionar la técnica duelo-gozo. Sólo que esta vez, a diferencia de la parte del destierro, se comienza por los

gozos, por el júbilo de los desposorios. “Alegre era el Cid e todos sus vasallos”. Esta alegría no es más que el pasajero azul del cielo, que ya empieza a asaltar por los horizontes las nubes tormentosas. El Cid lo presente, a fuer de hombre agorero.

**Violo en los agüeros el que en buen hora ciñó espada
que estos casamientos non serién sin alguna tacha**

Sí. La tacha será mayor de lo que las aves mismas decían. Caerá sobre las inocentes personas de las hijas del Cid, golpeadas y afrentadas por los infantes de Carrión, sus esposos —“canes traidores”— y caerá sobre la honra del gran guerrero. Sin arte ni parte, por una nueva perfidia o jugarreta de la malicia humana la honra del Cid, limpia y rehecha en las riberas del Tajo, vuelve a quedar **vulnerada en el robledo de Corpes**. Y la dignidad humana de su **figura, está nuevamente en entredicho**. Una vez más los gozos se han vuelto duelos.

La nueva deshonra

Mío Cid, apenas le llegan las nuevas malas del maltrato sufrido por sus hijas a manos de los infantes de Carrión, traduce lo sucedido al plano de la honra. Y después de pasarse un largo tiempo pensando dice en palabras de hoy: “Por Jesucristo, Nuestro Señor, que si los infantes han querido deshonrarme, no se saldrán con la suya”. Se abre nueva pelea por la honra.

Ruy Díaz despacha a Muño Gustioz en procura del rey y su justicia. Su mensaje insiste en que la afrenta hecha a Doña Elvira y Doña Sol acarrea deshonra no sólo para él, sino para el propio rey Alfonso, que las casó; el rey debe proceder en consecuencia. Y el mensajero al avistarse con el monarca le dice bien claro que el Cid “tiénese por deshonrado” pero que la deshonra del rey es más grande. El tema de la honra va cobrando a cada paso mayor volumen en el poema. Puede decirse que todos los personajes grandes y chicos han sido alcanzados por esta conflagración del honor y están pendientes de sus resultas. El Cid, su familia, sus caballeros; el rey Alfonso y la corte; los de Carrión, sus parientes y sus bandos, todos son primeros actores, segundas partes o comparsas de este nuevo drama de honor. La honra del Cid se ha erigido en asunto nacional, en el suceso público de mayor cuantía en todo el reino de Alfonso.

Así lo demuestra la convocatoria de Cortes que el rey hace, para que ellas oigan el pleito del Cid y sus ofensores y pronuncien su dictamen. El mismo rey hace notar que durante su reinado no había reunido más que dos Cortes “la una fo en Burgos e la otra en Carrión”. Y esta tercera a que ahora llama en Toledo la hace “por el amor de Mío Cid... que reciba derecho de infantes de Carrión”. Entre las líneas de un verso podemos ver transparentarse, implícitamente, la famosa polaridad duelos-gozos. Al despedir al enviado del Cid, con sus saludos reales para el Campeador, añade el rey:

desto que le abino aun bien serán ondrados

No puede significar esto sino que todo será para bien, que de los presentes duelos de su honra le llegarán al Cid futuros gozos de su honra.

En ningún pasaje del poema luce la figura del Cid, en paz, con mayor magnificencia que en las Cortes de Toledo. El juglar con sabia lentitud nos describe sus preparativos indumentarios, y le conduce hasta las Cortes rodeado por cien caballeros, séquito de alto señorío. A su entrada levántanse los condes Don Raimundo y Don Enrique, y la cortesía del rey se extrema hasta el punto de ofrecerle su escaño, porque, según dice “mejor sodes que nos”. El Cid se aparece aquí envuelto en la dignidad del hombre seguro de su causa y confiado en la justicia. Y acierto del poeta es que vean todos, al deshonrado, al Cid tan asentado y firme en todos sus actos, tan por encima en valor humano de sus deshonradores, los infantes de Carrión que se agitan desconcertados y medrosos.

Cuando el Cid solicita la devolución de las espadas que dio a sus yernos indignos, cuando las vuelve a ver en sus manos, y con sus resplandores relumbra la Corte, y todos se maravillan de los aceros famosos, el Cid vive cabalmente su figura de personaje de honor. Las espadas, armas del caballero de la lid campal, significan en la concepción de lo caballeresco, mucho más que dos **útiles**, que dos instrumentos: aunque le estén pesadas a la mano, simbolizan un bien sin peso, un imponderable valor espiritual, el honor de su dueño. Por eso, cuando el Cid recibe a Colada y Tizón, sus palabras dan a entender que con el recobro de las espadas empieza ya la restitución de su honra:

Assis irán vengando doña Elvira e doña Sol.

Esa restauración de su honor, va cumpliéndose paso a paso: las Cortes con su juicios, y por último los combates de los tres caballeros del Cid con los tres de Carrión, limpian la tacha aquella, que el Cid leyó en las aves, traída por la felonía de los infantes. Para el coronamiento de ese nuevo estado de honra del Cid y sus hijas, introduce en escena el juglar a dos mândaderos de los príncipes de Navarra y Aragón, que vienen en solicitud de las manos de las hijas del Cid, para sus señores. Estos casamientos dejarán situadas a las hijas del Cid, al acabar el poema, más altas que nunca estuvieron. Llamadas a reinar, sus primeros esposos, los infantes traidores, habrán de humillarse a ellas, besarles las manos, tratarlas como a sus señoras.

Pero las bodas nuevas tienen su consecuencia suprema en el plano de la vida moral. Por ellas se aumenta aún lo que más precia el Campeador:

Assí crece la ondra a Mío Cid el Campeador

Este tema del crecimiento máximo de la honra del Cid es el escogido por el poeta para rematar su obra. No parece dudoso. En los diez versos finales se repite tres veces:

A mayor ondra las casas que lo que primero yo

.....

Ved cual ondra crece al que en buen hora nació

.....

Y cuando cierra el poema lo que el poeta nos invita a ver (“Ved”); lo que él quiere que veamos, es ese engrandecimiento de la fama cidiana, cada vez más crecida (“mayor honra”).

En la tercera variante, en el verso que yo tengo por final, poéticamente hablando de la obra, la idea se reitera magnificada:

A todos alcanza ondra por el que buen hora nació

Verso de apoteosis. Nuestra última visión del Cid, recuerda a esas glorias de los pintores religiosos en que el santo personaje se pierde por los cielos, envuelto en áureas luces de consagración. El Campeador desaparece del poema, hacia la inmortalidad, todo ceñido en los esplendorosos rayos que le salen de esa lumbre —fuego central de la persona humana según la concepción caballeresca—, su pura honra ardiente.

El tema del Cantar

Por eso he llegado a creer que por detrás de las gestas del poema hay un motivo de acción constante, un tema espiritual, que lo mueve todo, la honra del caballero. Sucesos de la honra, ese es el **Cantar del Cid**. Desgraciada por el destierro, la recupera el Campeador a punta de lanza, de energía y de dignidad. Apenas recobrada se cierne sobre ella nuevo riesgo, que va a caer ahora no sobre el guerrero, sino sobre lo que él más quiere, sus hijas, el honor suyo que en ellas vive. La parte última del poema nos cuenta cómo se logra, con más gloria que nunca, la reconquista de la honra del Cid y los suyos. Las peripecias y peligros de los personajes, sólo se entienden por entero, si en ellas se leen, entre las líneas de batalla y aventura, las peripecias de su honor. Por eso el **último** Cid del poema, no se nos ofrece en la batalla, en el ápice del triunfo militar, ni en el señorío de Valencia, auge del poder político y guerrero, sino en la cima de su honra.

También atañe esto creemos, a la estructura del poema. ¿Por qué se limita a contarnos, sólo una parte de la vida del Cid, y no toda, como convendría al propósito de un poema biográfico? ¿No está, en cierto modo, incompleto? ¿Por qué haber escogido estos años de su existencia? ¿Por ser los del triunfo, los del “engrandecimiento progresivo”, como dice Pidal? Si se considera como el tema real de la epopeya, su tema profundo, la honra del Cid, su estructura es sumamente lógica. Empieza la obra cuando adviene a esa especie de protagonista moral, la honra, su mayor riesgo. Termina cuando pasado este y otros, se encuentra otra vez cabal y refulgente. El poeta escogió los años aventureros de la honra del Campeador, cuando sufrió más alternativas y peligros, cuando dio pie a más soberbias hazañas de espada tajadora y de reciedumbre moral.

Las primacías del Cantar

Es el Cantar de Mío Cid un punto de concurrencia de varias primacías. Primero en muchas cosas. Primera obra de la literatura española. Primer poema épico de nuestra lengua. Primera hechura de la figura de un héroe que va a ser, en su día el héroe nacional.

Le veo yo ahora una primacía más, y excelsa. Es el primer caso en la historia de las letras españolas en que la honra, tenida

por esencia básica de la vida del hombre, se hace motivo de invención poética y empuja al poeta a la acción imaginativa, y a la creación de una obra de arte de valor insigne. El juglar de Medinaceli presagia a Lope de Vega, a Calderón, en esto de volverse a un valor espiritual como la honra, y tomarlo como eje de las acciones humanas dignas de ser trasmutadas en arte.

La abundancia de la gesta, la sucesión de batallas e incidentes del poema, vela un poco la visión del tema profundo. Pero en eso hay también una nota de admirable fidelidad a la naturaleza humana en su doble faz de materia y espíritu, de acción y alma. Porque la honra, así lo vemos en el **Cantar**, no es abstracción desprendida del accidente humano, habitante de un gélido clima. Está entretejida con el vivir de cada día, vive ella, al vivir en un hombre, expuesta a riesgos e infortunios, nos las deshacen y tenemos que rehacerla, nos la roban y hay que ganarla, al mismo tiempo que se gana la tierra, que se gana el pan. Poema íntegro, del pan y la honra es el **Cantar**. Su protagonista, primer personaje de la ficción literaria española, es también el primer **honrado** de nuestra literatura.

La derrota española.

A esta carta de la honra se lo ha jugado España todo, muchas veces. Unas ganó, otras ha perdido. Parece como que el rumbo de la España de los mejores tiempos, su derrota, lo marcaba una brújula con una aguja imantada al norte único de la honra. Así navegamos y así naufragamos. Cuando el español de verdad más grande crea al español de mentira más grande, hace que le entre la locura de la honra. Allí, en las últimas páginas del Quijote se traza la gran interrogación. ¿Es la subordinación de todos los actos humanos a un principio ideal de honra, locura o cordura? Esa derrota marina, rumbo al honor; ¿acarreará la otra derrota, el descalabro total? Sea lo que fuese, el Cantar de Mío Cid se me representa —un albor más— como el soberbio amanecer del ideal de la honra en el largo sueño de un pueblo, en ese sueño que plasmado en palabras, se llama su literatura. A esta **salida** de la honra cumplen a la perfección las prodigicasas frases que encontró el juglar del Cid, para traspasarnos la emoción del principio de un día:

**Ya quiebran los albores y venía la mañana
salía el sol, Dios que hermoso apuntaba.**